

EN DIÁLOGO
SIEMPRE ABIERTO

Botella al mar

Tengo miedo y lloro y no me quiero dormir, ¿sabés, mamá? Porque cuando me duermo cierro los ojos, como los muertos, que andan todo el tiempo con los ojos cerrados...

—¿Y si te cuento un cuento?

—Un cuento, bueno. El de la nena como un carozo...

Y entonces sucede.

Mi mamá abre el libro de tapas azules y las palabras de adentro del libro empiezan a salir por la boca de mi mamá.

“Érase una vez una mujer que ansiaba tener una niña, pero una

niña pequeñita que no creciese nunca, para poder conservarla siempre a su lado...”. Y la voz sigue y sigue, cada vez más lejana, hablándome de esa nena tan pero tan chiquita que bastaba el pétalo de una rosa para cubrirla del frío. Yo no quiero que el cuento termine. Yo quiero decirle a mi mamá que me lo cuente otra vez... El mismo cuento, sin saltarse nada, sin cambiar ninguna palabra. Pero no puedo hablar. Porque parece que el cuento llegó para llevarse el miedo y traer el sueño.

Graciela Cabal,

La emoción más antigua. Lecturas, escrituras, el encuentro con los libros, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Parece ser que las voces y los cuentos, los cuentos en la voz de alguien, podían salvarle a uno la vida. Porque uno, cuando era chico, les creía, y también porque no les creía del todo.

Les creíamos porque queríamos que nos salvaran, porque necesitábamos salvarnos. Y los grandes que nos leían y nos narraban querían salvarnos y también querían salvarse ellos.

Y no les creíamos, no porque fuera una mentira, sino porque en un determinado momento ya sabíamos que era una ficción. Y también sabíamos que podíamos jugar con ella y con las emociones que nos provocaba, porque los monstruos que estaban en algunos libros no iban a comernos realmente. Y también sabíamos que podíamos jugar a que estábamos muertos sin morirnos de verdad; pero jugábamos creyendo, seriamente.

Este movimiento doble de creer y no creer se juega en un espacio intermedio en donde combinamos lo interno y lo externo, lo modificamos y nos modificamos, y desde donde podemos tratar de armar una interpretación de la realidad –aun de la más terrible– y darle un sentido propio, y de este modo construir una actitud lectora.

Sería bueno que esta actitud de juego no reglado, de búsqueda de alternativas, de reparación, que hacen los chicos al jugar, nos durara toda la vida. Que hiciéramos crecer nuestra actitud lectora, que no le silenciáramos las preguntas y que estableciéramos un pacto ficcional incluso con lo que no es ficción, para acercarnos y tomar distancia y poder leer la realidad con un sentido propio y crítico. Tal vez así podamos sacarle la careta a algunas mentiras y develar algunos secretos.

La actitud lectora abre el espacio para que podamos darle entrada a eso que pasa, ya sea un libro, una imagen, un paisaje, un gesto; para que podamos correr el riesgo y para que podamos crearlo de otra manera, dándole otro giro, encontrándole otro sentido, construyéndolo. Es una forma de libertad.

La lectura puede ser el nexo con un mundo que está más allá del universo familiar y de lo conocido. Permite el acceso a planteos impensados en el medio ambiente circundante y a otros puntos de vista, a otras explicaciones diferentes de las cercanas sobre los distintos aspectos de la vida. De alguna manera, la lectura permite encontrar las respuestas que no se encuentran en lo cercano. Y no sólo en el área del saber y la información, sino en aquellas otras que tienen que ver con la propia posición en el mundo, con las insatisfacciones y los deseos, con un planteo nuevo para un problema viejo, con la reapertura de lo cerrado. En muchos aspectos, las lecturas diversas nos conectan con nosotros mismos a través de la apropiación de palabras que tomamos en préstamo, que actúan como liberadoras de deseos y esperanzas que podían aparecer como cerrados. Y esas palabras, esos sentidos propios, nos hacen más protagonistas de nuestra propia vida.

Por medio de los textos, de fragmentos que quedan flotando en la memoria, podemos encontrar sentido para nuestra propia existencia y generar una metáfora propia que nos apoye en los diferentes momentos de nuestra vida. Porque los lectores no estamos quietos cuando leemos: desviamos y reescribimos, introducimos variantes. Y, a la vez, la lectura nos modifica y nunca sabemos hasta dónde. Esta lectura dinámica, esta apropiación de la palabra, puede generar un mecanismo reparador y fuertemente vital para que podamos recrear bajo otras circunstancias, con un rodeo exitoso, determinadas situaciones de la vida que son bloqueadoras y frustrantes, para solucionarlas, elaborarlas.

Todos podemos ser creadores de palabras que pasan por nuestro imaginario, por nuestra historia, a las que trabajamos desde nuestro deseo y que también lo modifican. En esta puesta en juego de la actitud lectora es donde nos salvamos.

Dice Michèle Petit en *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público* que la lectura no borra la humillación, pero rompe el silencio. Tampoco borra la injusticia, ni la desigualdad, ni el hambre, pero “los escritores ponen palabras ahí donde nos duele” (Petit, *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*, p. 37) y el hueco del dolor puede no ser tan profundo. La lectura, la actitud lectora, puede armar un puente hacia nosotros mismos y dar lugar al desafío de que las palabras vacías no nos llenen y nos ahoguen porque podemos tomarlas y llenarlas de nosotros mismos.

Los lectores nos fugamos, nos ensoñamos, nos encerramos necesariamente en un reducto propio; no para escaparnos sino para transformarnos, para escribir nuestro propio texto. Y en algún momento salimos, siempre salimos, y damos a luz esas palabras, esas imágenes, esos gestos. Y nuestras lecturas se hacen visibles, nosotros nos hacemos visibles y ya no pasamos desapercibidos.

En la lectura nos sumergimos y salimos con ese silencio activo y espeso después de un recorrido de hipótesis, aciertos, angustias, placeres y displaceres, y sobre la contratapa de los libros nos paramos y extendemos alas nuevas. Porque las tapas de los libros no nos separan de nuestra vida y las contratapas no siempre cierran una historia. Los lectores entramos en los libros con nuestras penas, angustias y alegrías, respuestas y preguntas que están ahí latentes buscando chispa y vamos “mezclando entre las líneas nuestras fantasías y angustias” (Petit, *Lecturas...*, p. 45). Por eso, los lectores no somos los mismos cuando salimos de un libro. La contratapa no marca una barrera sino una plataforma de despegue para un vuelo impredecible que ya había empezado y que puede seguir con las alas nuevas.

“Hay personas –incluyéndonos a todos nosotros, en ocasiones– que leen como quien se chupa el dedo. Pero si el poder ha temido tanto a la lectura no controlada es por algo: la apropiación de la lengua, el acceso al saber, pero también la toma de distancia, la elaboración de un mundo propio, de una reflexión propia que se hace posible con la lectura, son el requisito previo, la vía de acceso al ejercicio de un verdadero derecho de ciudadanía. Porque los libros lo alejan del mundo un momento, pero después el lector regresa a un mundo transformado y ampliado. Y pueden sugerirle la idea de tomar parte más activa en su devenir” (Petit, *Nuevos acercamientos...*, p. 154).

La lectura por sí sola no borra la injusticia, la humillación o el hambre, pero las cuestiona. Los lectores podemos cuestionarlas, preguntarnos, desafiarlas,

rebelarnos, imaginar y producir alternativas, vencer la parálisis que produce lo que no tiene nombre. No todo, no siempre, no todos. Algunos, algunas veces, algunas cosas.

Los poemas, las adivinanzas, las coplas, las canciones, los diarios, las revistas, los libros pueden ser una botella al mar, librada al azar. Nunca vamos a saber totalmente y a ciencia cierta qué es lo que realmente leyeron nuestros alumnos en ellos y ni siquiera en cuál de ellos. Y no es necesario que sepamos todo.

Sí es importante que podamos enseñar la lectura en el sentido de mostrarla, señalarla, darla al conocimiento de los chicos, que llegue a sus manos y probablemente la tomen y puede ser que sea para siempre. “Al final, conservaremos tan sólo lo que amemos, amaremos lo que comprendamos, comprenderemos lo que se nos haya enseñado”, dice el naturalista africano Baba Dion.¹⁷

Nosotros, como mediadores, podemos enseñar, mostrar la lectura a través de la importancia que le atribuyamos, de la pasión que tengamos y que pongamos allí. Como mediadores podemos lanzar botellas al mar, provocar la lectura descontrolada. Y también podemos, en parte, hacerla visible con nuestra intervención y con nuestra escucha. Intervenciones por medio de las cuales sabremos más de las lecturas de los chicos, pero que, fundamentalmente, servirán para que se sepan ellos mismos.

No podemos construir su camino lector, pero sí apoyarlos en la construcción de una visión propia del mundo, de un sentido propio en la vida, de una rebeldía a la resignación permanente. No podemos construir su camino lector así como no podemos modificar nuestro pasado o el de ellos, como a veces querríamos. Pero podemos apoyarlos en la construcción de una actitud lectora que reponga el valor de las palabras para que su historia pueda contarse, para que no quede silenciada y olvidada, para que no pasen desapercibidos. Porque, como dice Petit, una vez más en *Lecturas*: “somos una especie sujeta al relato” (p. 79), y tanto más cuanto más doloridos estemos. Ese encuentro de los niños con la lectura, a través de nosotros como mediadores, puede ser el que los lleve a ser, al menos en parte –como nos pasa a todos–, los constructores de su propio futuro.

¹⁷Citado por DeMary, John, www.science.subaru.com/teaching_ideas/johndemary.shtml

Nosotros, como maestros mediadores del Nivel Inicial, podemos tener un lugar clave si logramos construir un puente entre los chicos y los libros, entre los chicos y sus palabras, para igualar oportunidades. Y puede ser importante también que sepamos cuándo quitarnos de en medio.

Por eso es importante que seamos nosotros mismos lectores de libros, de imágenes, de paisajes, de vida. Por eso es importante que hayamos construido una actitud lectora, porque nadie puede dar lo que no tiene, ni entender y amar lo que no conoce. Si nosotros conocemos y valoramos la llave de nuestra lectura, esa es la que vamos a poder prestar, mostrar, enseñar.

Pero no es magia, y tampoco es fácil.

Entonces, ¿qué se están perdiendo nuestros alumnos cuando no leen? ¿Qué nos estamos perdiendo nosotros como maestros mediadores?

Tal vez los chicos se pierdan la oportunidad de contar su historia con sus propias palabras, de construir sentidos propios sobre su propia vida, de no pasar desapercibidos.

Y nosotros, como docentes, tal vez nos perderemos la posibilidad de enseñar algo importante, de trabajar desde la pasión, de perdurar contra el olvido. Probablemente nos perderemos la posibilidad de hacer historia, para pasar a ser historia, sin dejar marca, sin densidad ni acción, empolvados y maltrechos, y no como una parte importante de la historia de la vida de nuestros niños.

Puede ser mucho más interesante dejar que nuestra lectura nos modifique, nos trabaje, nos altere un poco, sin resistirnos a la transformación que podamos producir en nosotros mismos.

Y construir con nuestros alumnos, a veces trabajosamente, nuevas alas y despegar sin ruta de vuelo... desde las contratapas de los libros.

Se terminó de imprimir
en el mes de febrero de 2006 en
Arte Gráfica NesDan SRL
Virrey Cevallos 1975
(C1135AAO)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
T. (5411) 4305-5357/1665



Soldaditos de plomo de las décadas del cuarenta y del cincuenta.
(Colección Museo de la Ciudad)



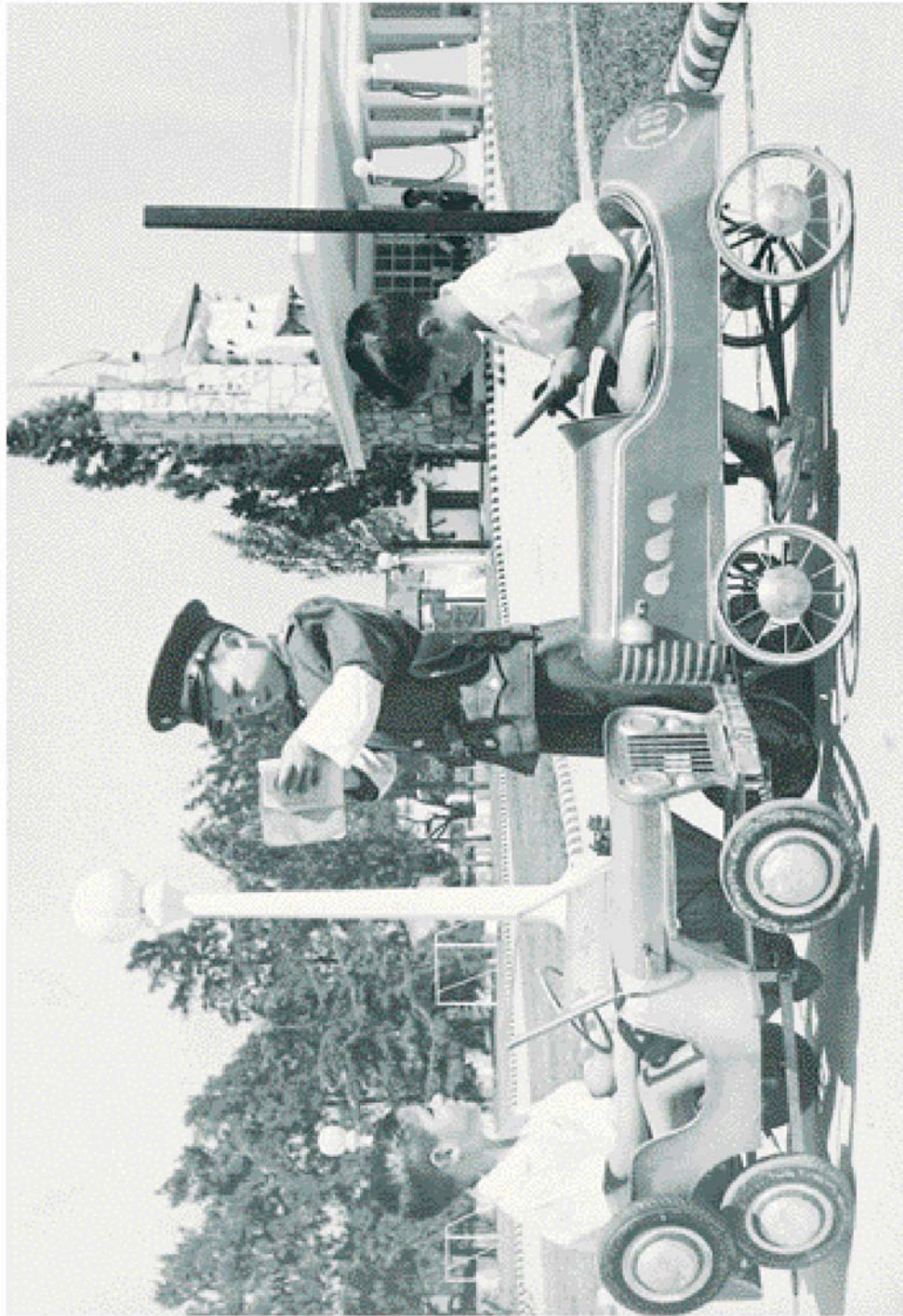
El "jeep loco", de hojalata litografiada, apareció a mediados de la década del cincuenta. (Colección privada)



Juego de bolos de madera torneada producido hacia 1945. (Colección privada)



Fotografía tomada en la Ciudad de los Niños, La Plata, provincia de Buenos Aires, en la década del cuarenta. Foto: Archivo General de la Nación.



Los autos a pedales y los kartings fueron los preferidos de los chicos hasta bien entrados los años sesenta. Foto: Archivo General de la Nación.



Auto de hojalata litografiada característico de la década del cincuenta. (Colección privada)



"Malcriado" y bebé de pasta. (Colección privada)

SULKY-CICLO

Es el regalo ideal para toda ocasión
- Los niños lo reconocen como
EL REY DE LOS JUGUETES



TODOS LOS MODELOS VAN EQUIPADOS CON:

- Ruedas con gomas neumáticas, moldeadas y macizas.
- Transmisión a cadena.
- Guarniciones de cuero.
- Armazón de acero esmaltado a fuego.
- Espléndidos caballitos.



Elija para su hijito su mejor regalo entre los numerosos y cada vez más perfeccionados modelos que presenta **SULKY-CICLO**, y no olvide que el auténtico **SULKY-CICLO** debe llevar esta marca a fuego en el anca de cada caballito.

Establecimientos

SULKY-CICLO

AZCARATE HNOS. & ESCODA - Avda. San Martín 4274/80
T. A. 50-7060 Y 1335 - DIREC. TELEG. AZES BUENOS AIRES
CAPITAL, OBREROS Y MATERIA PRIMA 100 % ARGENTINOS